

El Ocio como «re-creación» humana

EL Ocio forma parte de los derechos democráticos, estilo de vida y mundo de valores de la nueva ciudadanía; aunque todavía no se experimente desde un horizonte de percepción común. Parte de la población lo considera de un modo tradicional, unido al descanso y la diversión; mientras para otra buena parte es motivo de identidad, autorrealización y sentido. Este artículo se cuestiona el papel del Ocio en nuestra sociedad, partiendo del pensamiento de A. Kriekemans, profesor de la Universidad de Lovaina. El núcleo de la reflexión se centra en la consideración del Ocio como «re-creación» humana y la incidencia de esta concepción en la vivencia de un Ocio humanista.

Manuel Cuenca Cabeza*

NO es la primera vez que intento entrar en un museo o una exposición y debo esperar turno, sumido en colas

* Catedrático de Pedagogía y director del Instituto de Estudios de Ocio de la Universidad de Deusto. Bilbao.

interminables. Parece como si todo el mundo conociera el resultado de un estudio británico reciente que asegura que las personas que acuden a museos y conciertos, y que además leen y escuchan música en su casa, tienen mayores posibilidades de vida que los que prefieren ignorar la cultura (1). Ya sé que esto de las exposiciones se interpreta como fenómeno colectivo, resultado del nuevo *marketing* cultural. También se dice que es una consecuencia más de la democratización de la cultura o, si se quiere, un excelente indicador de que el llamado «consumo cultural» no es sólo una hipótesis, sino una realidad asentada en nuestro entorno.

Estoy de acuerdo con los que consideran que el aumento de museos y visitantes son signos que nos indican algo que todos sabemos, que estamos estrenando nuevos estilos de vida y nuevas formas de vivir. En estas recientes formas de existir, la vivencia del Ocio tiene una significación más importante de lo que parece a primera vista. Hay quien dice que el Ocio ha ocupado el lugar que la religión tuvo en el pasado y, si se analizan los datos referidos al tiempo, parece que ocurre algo así; el aumento del tiempo dedicado al Ocio ha venido unido a la disminución general del tiempo dedicado a prácticas religiosas. En 1995 el 25 % de los ciudadanos españoles llevaban a cabo prácticas religiosas una o más de una vez a la semana. Ese mismo año (1995), el 39 % de estos mismos ciudadanos practicaba uno o varios deportes, su interés por el deporte había crecido al 63 % y el tiempo medio diario dedicado a la televisión era superior a las 3,5 horas (2). En uno de los últimos estudios sobre los valores de la sociedad española (3) se constató que el Ocio tiene un gran valor en nuestras vidas, ocupando un cuarto lugar, después de la familia, los amigos y el trabajo, pero claramente distanciado de otros que se consideran menos importantes, como es el caso de la religión o la política.

La nueva concepción del Ocio no es sólo cuestión de cultura y de valores abstractos, las familias españolas siguen aumentando sus gastos de Ocio, que ya habían pasado de un 11,05 % en 1985 a un 13,4 % en 1992 (4). Los jóvenes entienden que vivir el Ocio es un derecho democrático, semejante a

(1) Véase *El Correo*, Bilbao, 14-1-1997, p. 31.

(2) J. Elzo y otros, *Los valores en la comunidad autónoma del País Vasco y Navarra*. Secretaría General de Análisis y Comunicación del Gobierno Vasco. Vitoria, 1996, p. 113. R. Sánchez Martín (Ed.), *La actividad física y el deporte en un contexto democrático (1976-1996)*, AEI-SAD, Pamplona, 1996, pp. 11 y 12.

(3) J. L. Villalain, A. Basterra y J. M. Valle, *La sociedad española de los 90 y sus nuevos valores*, Fundación Santa María, Madrid, 1992, p. 26.

(4) M. L. Setien «El Ocio en la vida de los españoles», en CESC, *España 1994. Una interpretación de su realidad social*, Fundación Encuentro, Madrid, 1995, p. 442.

otros cada vez más utópicos, como es el derecho al trabajo. Y todavía hay mucho más: el aumento de la esperanza de vida, la disminución paulatina de la jornada laboral, las jubilaciones anticipadas y el final del pleno empleo nos están llamando la atención, hace tiempo, sobre el nuevo rol del Ocio en nuestras vidas, aunque no siempre queramos verlo. Un ciudadano de un país desarrollado no sabría vivir sin televisión, deporte, cultura, viajes, música moderna o vacaciones. El siglo XX ha desarrollado un nuevo tiempo social centrado en el Ocio, cuya trascendencia está todavía por descubrir.

Uno de los problemas del Ocio radica en su conceptualización. Todavía existe una buena parte de la sociedad que lo identifica con la vagancia, la diversión, el vicio o, en el mejor de los casos, con el tiempo de no trabajo. El Ocio puede ser todo eso y lo contrario porque, en cuanto vivencia humana, puede ser una experiencia de desarrollo o de destrucción. Visto desde el lado positivo, como ejercicio de libertad, el Ocio fue el germen del pensamiento occidental en la cultura clásica y continúa siéndolo en nuestros días. Desde este punto de vista el Ocio se transforma en ocupación gustosa y querida, en actividad realizante e identificadora, en motivo de encuentro consigo mismo, con la naturaleza y con los otros. La dificultad de este tipo de Ocio está en encontrar su sentido, en que cada uno de nosotros descubramos hacia dónde queremos encaminarnos en un ámbito en el que debiera dominar la libertad.

Ocio y valor

LA vivencia del Ocio se asocia a valores hedonistas (placer, bienestar, felicidad, diversión...), constituyendo una de las principales motivaciones del mundo del consumo. Tener, comprar y consumir son verbos esenciales para entender el modo en el que se nos quiere vender el Ocio. La concepción consumista del Ocio ha logrado algo impensable hace tiempo: «ir de compras» es la primera de nuestras aficiones y entretenimientos de Ocio (5). Por fortuna, junto al Ocio de consumo, existen otras concepciones del Ocio ancladas en la dimensión humana y el desarrollo personal. Desde ellas se produce una identificación del Ocio como calidad de vida, motivo de realización e identidad personal, derecho a la cultura, el deporte y el turismo o ámbito de encuentro y de igualdad. Es un Ocio que se reivindica independientemente del trabajo, como espacio vital al que tene-

(5) M. L. Setien, *Ib.*, p. 468.

mos derecho por el hecho de existir, una experiencia que, encauzada adecuadamente, nos reporta salud, encuentro y desarrollo. Esta vivencia de Ocio de la que hablo es, ante todo, una vivencia profundamente humana y gozosamente humanista.

Hace años que me preocupan estos temas y por eso he leído bastante sobre la manera de entender el Ocio en la actualidad, así como sobre las diferentes maneras en las que se manifiesta su presencia: televisión, deportes, prácticas culturales, turismo, prácticas recreativas, el mundo de la fiesta, la relación del Ocio con la vivencia ambiental y la incidencia del Ocio solidario. Convencido del papel esencial de la vivencia siempre que hablamos de un Ocio personal, me he interrogado, reiteradamente, sobre la importancia del Ocio humanista (6). Entiendo por Ocio humanista una manera de vivirlo conectada con su significado clásico y basada en la defensa de la persona y la comunidad. Una vivencia anclada en el humanismo es, ante todo, algo libre, satisfactorio y autotélico, aunque responda a las circunstancias y modos de cada tiempo. Creo que el Ocio, entendido como desarrollo personal, ha de apuntar a la experiencia humana madura que, en este caso, se identificaría con un Ocio con sentido, libre, propio de la edad, querido, pensado y deseado (7). Un Ocio, en definitiva, participativo, responsable y profundo, con un fuerte componente cultural.

Los tratamientos humanistas actuales del Ocio se sustentan en la necesidad de realización e identificación personal y grupal. También inciden en sus valores y beneficios (8), haciéndonos ver su función autorrealizadora y su incidencia en la salud y el bienestar. En cualquier caso, el Ocio humanista no es algo que se desarrolla espontáneamente, es una vivencia basada en la formación. Debo hacer constar, sin embargo, que, visto en su conjunto, el Ocio se presenta como un fenómeno complejo, difícilmente accesible. De modo que siempre he defendido la necesidad de una aproximación conjunta, interdisciplinar, capaz de dar una respuesta comprensiva y unitaria a las cuestiones que habitualmente puede hacerse el ciudadano de hoy.

(6) Véase M. Cuenca Cabeza, «Ocio humanista» en *Noticias U.D.*, n.º 49, Universidad de Deusto, 1996, pp. 15-17. También: «El Ocio futuro», en *Temas para el debate*, n.º 9-10, 1995, pp. 30-33. «Concepto actual del Ocio y sus dimensiones» en *Minusval*, n.º 103, INSERSO, Madrid, 1996, pp. 14-18.

(7) M. Cuenca Cabeza, «El Ocio como marco para el desarrollo de las humanidades», en *Letras de Deusto*, Vol. 22, n.º 54, Mayo-Junio, 1992, pp. 235-251.

(8) Véase S. Gorbeña Etxebarria, «Beneficios del Ocio», en *Minusval*, n.º 103, INSERSO, Madrid, 1996, pp. 19-20. B. L. Driver, P. J. Brown, G. L. Peterson (Eds.) *Benefits of Leisure*, Venture Publishing, State College, P. A. 1991.

La aparición y necesaria formación de los nuevos profesionales del Ocio, o el desarrollo de múltiples disciplinas interrelacionadas como la Teoría, Psicología, Sociología o Pedagogía del Ocio (por citar algunas de las más conocidas) no debe hacernos perder el horizonte unitario y referencial que la vivencia del Ocio debe tener en el desarrollo de estos nuevos conocimientos. Hablar del Ocio en la actualidad es hablar de diversión y descanso, como ya se hacía antes, pero, sobre todo, es hablar de sentidos de vida, de ocupación gustosa y voluntaria, de derechos de la llamada tercera generación. Es también hablar de salud, economía y desarrollo personal y comunitario. El concepto de Ocio unido a la ociosidad, el vicio y la degradación, sigue siendo, por desgracia, una realidad que persiste; pero no tiene por qué dominar y ocultar las concepciones apuntadas anteriormente. Es más, la concepción del Ocio de los nuevos ciudadanos se caracteriza por sus referencias positivas, por la relación con otras nuevas formas de identidad y realización humana.

El Ocio desde el pensamiento de A. Kriekemans

HAY veces que la lectura de las últimas bibliografías, con sus propuestas y planteamientos innovadores, nos hacen olvidar reflexiones que siguen teniendo fuerza y que, por su permanencia, nos hacen ver que se adelantaron a la visión genérica de su tiempo. Ésta es la sensación que he tenido al releer el capítulo de la *Pedagogía general*, de A. Kriekemans dedicado a la «educación del empleo de los Ocios» (9). Kriekemans escribió unas reflexiones sobre el Ocio que, leídas desde los nuevos puntos de vista de finales de siglo, pueden ser interpretadas como novedosas e iluminadoras de esa base humanista tan necesaria en el desarrollo cultural de nuestro tiempo. Más allá de su lenguaje pedagógico y didáctico, unido al entorno y las circunstancias desde las que escribe, el autor habla partiendo de una amplia base de formación humanista y del conocimiento de la obra de autores como J. Pieper o J. Huizinga, cuya incidencia en la reflexión teórica sobre el Ocio en el siglo XX sigue siendo fundamental.

A propósito de esta relectura de Kriekemans, quisiera detenerme aquí en algunos de los temas que plantea y que considero siguen siendo de actua-

(9) A. Kriekemans, «La Educación del empleo de los ocios», en *Pedagogía General*, Edit. Herder, Barcelona, 1973, pp. 516-547.

lidad. Con el fin de encontrar los nuevos hilos conductores que subyacen en el pensamiento del autor me referiré a su visión de realidades actuales, a su concepción del Ocio y, finalmente, a las pautas que sus reflexiones nos ofrecen para la vivencia de un Ocio humanista.

Visión de realidades actuales

LOS sociólogos coinciden en señalar que la cultura del Ocio actual es una cultura segmentada, pluriforme y democrática. Hemos pasado de un Ocio considerado como signo de distinción y elite social, a su consumo generalizado, democrático y global. El nuevo Ocio es un fenómeno global, en cuanto que afecta a los modos de vida del mundo entero y su práctica se universaliza y extiende en todas sus direcciones; pero también en cuanto que afecta a la persona de una manera total. No podemos vivir un Ocio comercializado e impersonal y a la vez sentir que vivimos en un mundo enraizado en los valores conscientes y eternos. El famoso pronóstico de Jean Fourastié sobre el paso de una cultura del trabajo a una cultura del Ocio se ha producido ya ante nuestros ojos y no puede dejarnos indiferentes. J. Pieper alertó hace tiempo sobre la trascendencia de la ruptura de la armonía vital producida por la oposición del trabajo y el Ocio (10). Pero trabajo y Ocio no son términos opuestos, sino complementarios; la existencia del Ocio no se justifica en virtud del trabajo, ni al revés. Necesitamos estar ocupados y sentirnos útiles, pero existen múltiples modos de realizarnos y desarrollarnos como personas. De modo que, en la medida que dichas necesidades se hacen factibles en el trabajo y en el Ocio, ambas realidades se unen y se confunden o, por el contrario, se distancian y se separan. La disociación en la vivencia de valores; la duplicidad de conductas y la falta de coherencia en esa realidad continua que es nuestra vida es lo que lleva a Kriekemans a reivindicar el desarrollo de la armonía personal. La armonía personal se fundamenta en la cultura subjetiva, que es «la cultura de nuestras capacidades de conocimiento y de nuestras capacidades motrices, y tiende, por medio de la formación (*Bildung*), a realizar la unidad armoniosa y el cultivo de todas nuestras tendencias, a fin de alcanzar, gracias a la educación moral, un orden digno del hombre». La cultura subjetiva, añadirá después, «consiste en la realización de sí mismo por el gobierno de la propia persona» (11).

(10) J. Pieper, *El Ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1974.

(11) A. Kriekemans, *Op. Cit.*, p. 517.

Desde este punto de vista la vivencia o la educación del Ocio nunca podrá entenderse como un «apéndice», como acción secundaria o de segunda categoría. La formación armoniosa o el simple ejercicio de la armonía personal hace necesaria la satisfacción del impulso vital, de la alegría de vivir y de la vivencia de las múltiples experiencias satisfactorias en las que se concreta el ejercicio de la felicidad. Las satisfacciones del Ocio son, desde una lectura humanista, la fuente donde se alimenta el ejercicio de la vida seria. Es, como decía Spranger en su estudio *Formas de vida*, el «lugar de retiro» en el que se recuperan las fuerzas necesarias. El ejercicio del Ocio aporta a la existencia la vivencia de valores relacionados con la alegría, ejerciendo con ello una función primordial en la necesidad de vivir una vida total, con proyección global y armoniosa tanto consigo mismo como con el entorno integral.

La vivencia del Ocio humanista es, según se ha dicho, una experiencia humana anclada en un mundo de valores y significados profundos, de ahí su confluencia con el ejercicio de otras acciones igualmente humanas. Sin embargo, y ésta es una realidad sobre la que nos avisa Kriekemans, el Ocio es también un fenómeno anclado en el mundo de valor dominante en cada sociedad. Refiriéndose más concretamente al momento en el que escribe su libro, 1963, el autor llama la atención sobre el lujo y el placer. Antes y ahora, lujo y hedonismo siguen siendo dos valores fuerza cuando nos referimos al ejercicio social del Ocio. La sociedad de consumo nos está «vendiendo» cada día sus productos de Ocio basándose, precisamente, en el derroche, en la desmesura, los bajos instintos y el placer. La vida que se refleja en el mundo publicitario o en las modernas series televisivas de distracción es hasta tal punto un recorte de la vida misma que la deja sin sentido, despersonalizándola de su verdadero horizonte humano. Se dice que, entre las nuevas generaciones, el «mundo del ser» está ganando terreno al mundo del «tener» y a la posesión. Lo cierto es que esto será difícil mientras las vivencias de Ocio no se abran a los ámbitos que siempre han estado unidos al desarrollo del Ocio humanista: conocimiento desinteresado, reflexión, contemplación, creatividad y apertura a la trascendencia.

Afirma Kriekemans que «cada vez se confunde más el lujo con la cultura, la consideración o prestigio social con el valor interior, el deseo de poder con el comportamiento moral» (12). Ello se debe, en gran parte, a que las nuevas formas de conducta que dimanan de los modelos que se difunden en los grandes medios de comunicación social están arraigados en el materialismo, el naturalismo y el hedonismo. El consumo progresivo de la diversión

(12) *Ib.*, p. 522.

comercializada y la falta de orientación del Ocio desde la familia son aspectos que, a juicio del autor, guardan una relación directa con la deshumanización a que se llega frecuentemente en ambos campos. La ansiedad existencial, ocasionada por la banalidad de la experiencia cotidiana, tiende a buscar su contrapunto en la diversión. Y es precisamente este reduccionismo del ocio, la diversión como único horizonte, el signo distintivo de la oferta comercial del Ocio. La comercialización del placer y la manipulación de las experiencias y del tiempo son las nuevas señas de identidad de una sociedad que no quiere ser educada para el ejercicio de un Ocio humanista y libre. La evasión, que es uno de los lemas dominantes en los reclamos marketinistas actuales, es una llamada a la diversión a través de la «huida» de sí mismo y del contexto que nos rodea. La diversión humanista consiste en encontrar en nosotros mismos y en nuestro entorno la fantasía, el sentido del humor y la alegría que dimana de la satisfacción íntima.

El concepto de Ocio de Kriekemans

E. L. Jackson y T. L. Burton (13), igual que otros teóricos del tema, llegan a la conclusión de que hay tres grandes modos de entender el Ocio: como un tiempo, una actividad o un modo de ser. Es evidente que el Ocio no debe ser identificado con el tiempo, puesto que el tiempo en sí mismo no define a la acción humana. La identificación que se produjo entre Ocio y tiempo libre, a raíz de los estudios —especialmente sociológicos— llevados a cabo entre los años cincuenta y ochenta, dificultaron la comprensión del Ocio al separarlo de su percepción psicológica. No es suficiente con el tiempo libre para tener una experiencia de Ocio, el tiempo es una coordenada vital presente en cualquier acto humano. La importancia del término «tiempo libre» está en la palabra libre, que implica un ejercicio humano de identidad, autorreconocimiento y voluntad. Desde planteamientos psicológicos, el Ocio ha sido definido como «libertad de elección» (14).

La segunda manera de entender el Ocio, siguiendo el razonamiento

(13) E. L. Jackson y T. L. Burton, *Understanding leisure and Recreation*. Venture Publishing, London, 1989.

(14) J. Neulinger, *The psychology of Leisure: Research approaches to the study of leisure*, Charles C. Thomas, Springfield, IL, 1974. S.E. ISO-AHOLA, «Basic Dimensions of Definitions of Leisure», *Journal of Leisure Research*, Vol. 11, n.º 1, 1979, pp. 28-39.

anterior, es su identificación con la actividad o, más bien, con el resultado de la realización de la misma. Desde este punto de vista la vivencia del Ocio se objetiviza, se socializa y se hace cuantitativa. Se afirma, por ejemplo, que ver un partido de fútbol es una actividad de Ocio en sí misma; pero ¿qué pasa cuando esto se refiere a personas a las que no les gusta el fútbol? La acción es, evidentemente, una referencia al «modo de ser» de quien percibe que, junto a su percepción, puede transformarse o no en vivencia de Ocio. Esto explica que los pensadores idealistas consideren que la esencia del Ocio está en el «modo de ser», refiriéndose al modo de sentir personal. Kriekemans define el Ocio de este modo: «*El Ocio es una "recreación", o sea, un medio para restablecer la voluntad y el valor de vivir*» (15). El término «recreación» está usado aquí en un sentido más profundo que el de «diversión, alegría o deleite». Siguiendo la definición de la Real Academia, su significado es «acción y efecto de recrear», entendiéndose por recrear la acción de «crear o producir algo nuevo» que, en este caso, es una nueva voluntad de vivir y un redescubrimiento del valor de la vida.

Ésta es una aportación que da profundidad al concepto Ocio, marcando pautas para una lectura actual y moderna del Ocio humanista. Un Ocio que «recrea», que da vida, no puede ser una experiencia superficial, sino que ha de estar anclada en la vida interior y en los valores base. A partir de aquí, los recursos y las posibilidades comerciales se convierten en medios y no en un fin en sí mismos. La evasión y la diversión que se proponen desde la sociedad de consumo tienden a identificarse con el egoísmo y el placer personal. La vivencia de un Ocio capaz de recrear vida en quien lo experimenta es, por esencia, un Ocio compartido, porque las ganas de vivir y la satisfacción que lleva implícita su vivencia implica la apertura al otro y el desarrollo de ámbitos de comunicación que trascienden a los sujetos que la experimentan.

Pautas del Ocio humanista

DESDE esta concepción del Ocio, Kriekemans reflexiona sobre una serie de aspectos que, reorganizados desde una visión teórica del Ocio, pudieran agruparse en las cuatro notas que siguen:

(15) A. Kriekemans, *Op. cit.*, p. 525.

a) *Vivencia lúdica*

Partiendo de las ideas de Huizinga, Kriekemans considera que la vivencia de la dimensión lúdica de la persona es algo esencial para su realización: «en el juego verdadero nos acercamos al mundo de un modo distinto a como lo hacemos en nuestra vida habitual. En él se atribuye al mundo una significación distinta de su realidad. Ocurre como si nos pusiéramos de acuerdo con el mundo para darle otra significación, principalmente una significación de fantasía» (16). De ahí que los juegos no debieran limitarse a una sola etapa de la vida, sino que deban formar parte de nuestra existencia, aportando la parte de fantasía que, si no lo cuidamos, nos irá robando la realidad. Más que del juego en sí mismo, tal como se realiza en la infancia, el autor se refiere a la vivencia de la dimensión lúdica de la vida, identificando, como ya hubiera dicho Huizinga, el juego con los *hobbies*, el coleccionismo, la práctica de actividades recreativas y con el Ocio general desde su misión distanciadora de la realidad cotidiana y su aportación al encuentro con «un mundo distinto, en el cual podemos volver a ser nosotros mismos y poder conseguir fuerzas para poder enfrentarnos a las exigencias del mundo cultural contemporáneo» (17).

Para Kriekemans la salvación del hombre moderno pasa por la recuperación del niño que hay en cada uno de nosotros. El juego nos devuelve a la naturaleza humana universal, enseñándonos a ser seres humanos y hermanándonos en esa condición: «Gracias a la cultura del juego, debemos volver a la canción, la música, la imagen, el símbolo, la danza y otras actividades de expresión artística» (18). El mundo laboral nos ha llevado a la identificación con el trabajo hasta tal punto que, en muchos casos, somos sólo profesión. Pero la persona es mucho más y la vida también. La vivencia lúdica y de Ocio nos devuelve a un mundo menos complicado, más cercano y significativo para cada cual, nos devuelve la alegría.

Hablando de alegría Kriekemans se refiere a los trabajos de H. Kunz y A. Vetter (19), que demuestran la dificultad de vivir la alegría en nuestros entornos y con nuestros estilos de vida.

La mayor parte de las personas se divierten solas y, asiduamente, el motivo de la diversión procede de estímulos exteriores, de la posesión del equilibrio. Schiller decía que el valor de la vida es mayor en la medida que

(16) *Ib.*, p. 539.(17) *Ib.*, p. 540.(18) *Ib.*, p. 529.(19) H. Kunz, *Die anthropologische Bedeutung der Phantasie*, 2 Vol., Basilea, 1946. A. Vetter, *Die Erlebnisbedeutung der Phantasie*, Stuttgart, 1950.

es más profunda la alegría que se experimenta. De modo que, relacionando unas ideas con otras y tratando de encontrar una síntesis global, podríamos decir que la vivencia lúdica del Ocio es una necesidad para nuestra autorrealización y debe formar parte del proceso de personalización de cada cual. El motivo central de esta afirmación se basa en que la vivencia de la dimensión lúdica del ser humano es esencial para acceder al mundo de la fantasía y para introducir la alegría en nuestra cotidianeidad. «La alegría del espíritu –dirá en un momento Kriekemans– es lo que caracteriza al hombre liberado» (20); pero ése es un aspecto que vamos a tratar a continuación.

b) *Liberación*

Al hablar de las maneras de entender el Ocio se ha hecho referencia a la importancia de la libertad. La vivencia de Ocio está relacionada necesariamente a la falta de obligatoriedad, a la voluntad de querer hacer algo y la satisfacción que experimentamos al realizarlo. La libertad, cuando hablamos de Ocio, no sólo es una libertad condicionada, es, además, una libertad percibida. La experiencia de Ocio guarda por ello una relación estrecha con la liberación de la persona. La realización del Ocio personal, no manipulado, no es otra cosa que una ejercitación de nuestra libertad, la afirmación de una vida liberada de obligaciones e, incluso, de la opresión del tiempo. En un ambiente así, las personas podemos entregarnos a las cosas o a los demás de una forma desinteresada. Es, en palabras de Kriekemans, la situación ideal para «experimentar el enriquecimiento de la creación, gustar la alegría de la belleza y conocer la realización del amor» (21).

La cuestión principal que se deriva de una visión del Ocio planteada desde este posicionamiento positivo y liberador es, precisamente, cómo garantizar y preservar la libertad en el ejercicio del ocio y, a su vez, cómo favorecer con el ejercicio del Ocio el desarrollo de la libertad. «Sólo el hombre liberado –dirá Kriekemans– puede disponer de su tiempo y hacer uso de los Ocios». Los Ocios son para él algo más que tiempo libre; para él los Ocios están relacionados con la «libertad interior» (22). De ello se deduce que existe una relación directa entre liberalización personal y práctica de Ocio, de modo que en la medida que una persona se sienta más libre su capacidad para relacionarse de una manera altruista y lúdica es mayor, produciéndose el hecho de que el ejercicio de este tipo de acciones satisfactorias le proporcionan al ser humano la ampliación progresiva de sus cotas de libertad.

(20) A. Kriekemans, *Op. cit.*, p. 529.

(21) *Ib.*, p. 526.

(22) *Ib.*, p. 531.

c) *Autotelismo*

Uno de los puntos en los que se puede apreciar con cierto enfrentamiento de posturas al hablar del Ocio es el referido a medios y fines. Desde una visión más tradicional, directamente unida a ideologías laboristas, la práctica del Ocio es sencillamente un medio para descansar y recuperar fuerzas, para la vuelta al trabajo. En todo caso puede ser un premio que se nos concede por nuestro rendimiento laboral. Los planteamientos actuales del Ocio no van en esa dirección, el Ocio no se justifica por el trabajo como tampoco el trabajo se justifica por el Ocio. Trabajo y Ocio son dos ámbitos vitales de la persona diferenciados, complementarios si se quiere, pero no, al menos necesariamente, interdependientes. El trabajo es un medio para ganar el sustento, para colaborar en la labor de producción social, para servir a los demás y ser útiles. El Ocio, entendido en su sentido más puro, es un fin en sí mismo, busca la realización de algo sin pretender otra cosa a cambio de la acción. Ello hace que cuando hablamos sobre la experiencia de Ocio entremos directamente en el mundo de los fines, a diferencia del ejercicio laboral que nos introduce en un lenguaje de producción de medios.

La comunicación directa con el mundo de los fines nos sitúa en las cuestiones existenciales de siempre, el sentido de la vida cotidiana y el fin último del vivir. Esto explica que uno de los indicadores de un Ocio maduro sea la apertura a la reflexión y, más concretamente, al mundo contemplativo, de ahí que la vida religiosa y monacal esté tan cercana a todas estas cuestiones que nos ocupan. Antes hemos comentado, refiriéndonos a los estudios de Spranger, que la búsqueda y el encuentro de la felicidad necesita de «lugares de retiro», de espacios en los que hallar la quietud que nos permita encontrar sentido a los actos de nuestra vida. Estos espacios o «ámbitos de encuentro», como diría el profesor López Quintás, tienen mucho que ver con la realización de Ocios con los que nos identificamos y en los que hallamos el sosiego. La vida moderna nos está dotando cada vez más de medios; de hecho todos los avances tecnológicos no son otra cosa. Los medios disponibles para hacer realidad nuestros Ocios así pudiera decirse que son infinitos. El problema es que sólo nos habla de medios y no de fines, ni de sentidos. Una profunda reflexión sobre el Ocio humanista y una formación personal adecuada sobre los valores y los fines en los que se sumerge el Ocio, nos devolverían la razón de todos esos medios que nos rodean y nos harían, a partir de ellos, más libres y colaboradores de una sociedad mejor.

d) *Formación*

El ideal de la persona autorrealizada, liberada y con claridad de ideas respecto a medios y fines que se ha venido exponiendo hasta aquí como prototipo del ejercicio de un Ocio maduro es, a juicio de Kriekemans, la consecuencia de una formación humanista profunda. Éste es el mejor antídoto para soportar los embates de la propaganda, los impulsos de la moda o los estragos de una vida precipitada e irreflexiva.

Parece innecesario recordar que a cada generación le toca vivir su tiempo y que, consecuentemente, las generaciones actuales nos encontramos en una época en la que la práctica del Ocio tiene un papel esencial. De modo que poco sirve ignorarlo, es mejor que pensemos cómo nos formamos y cómo debieran formarse las nuevas generaciones. Ya en 1941 H. Dimock (23) adelantaba cuatro grandes criterios que debieran considerarse en una educación para el empleo de los Ocios. El primero se refería a la *continuidad*, el Ocio forma parte de nuestra vida en un continuo que nos acompaña desde el principio hasta el fin, de ahí que los intereses y posibilidades que se estimen puedan ser más interesantes en la medida que puedan formar parte de esta continuidad del Ocio en relación a la existencia total. El segundo criterio de Dimock hace referencia a la *globalidad*, el autor destaca que el Ocio no es predominio de un solo ámbito o dimensión, es decir, no es sólo juego, cultura, fiesta o encuentro social. De ahí que en la medida que desarrollemos un Ocio pluridimensional y rico, unas veces de repercusiones físicas, otras intelectuales y otras estéticas o sociales; en la medida que desarrollemos un tipo de Ocio pluridimensional, como decía, estamos optando por un Ocio más maduro, abierto y humano. El tercer criterio es la *diversidad de intereses*. Se ha comentado reiteradamente que la vivencia de Ocio que no está arraigada en el convencimiento, en el mundo interior y en la individualidad difícilmente puede considerarse Ocio en sí mismo. Dimock llama la atención también sobre la educación en los intereses supraindividuales, sobre la necesidad de orientar la acción de Ocio hacia horizontes compartidos, que nos alejen del egoísmo. La vivencia de Ocio arranca del convencimiento íntimo, pero se refuerza y engrandece con el encuentro y el proyecto compartido con los otros, es lo que hablábamos antes al referirnos a medios y fines. Finalmente Dimock propone que la práctica del Ocio, es decir, la práctica en sí misma, se oriente hacia la *acción positiva y creadora*, evitando en lo posible el espectáculo pasivo.

(23) H. Dimock, *Rediscovering the Adolescent*, Nueva York, 1941, pp. 56-60.

Maneras de entender el Ocio

COMO decía al inicio, la manera de entender el Ocio no es algo indiferente al modo de vivirlo sino que está entrelazado. La vivencia humanista del Ocio es, o debiera serlo, una vivencia integral y relacionada con el sentido de la vida y los valores de cada uno, coherente con todos ellos. Pero esto no ocurre espontáneamente sino gracias a la formación. La persona formada es capaz de convertir cada experiencia de Ocio en una experiencia de encuentro. Cada encuentro es una re-creación que nos proporciona nuevas ganas de vivir. Encontrarse, dice Alfonso López Quintás, no es yuxtaponerse ni chocar, «el encuentro se produce cuando se entreveran dos realidades que superan la condición de meros objetos» (24). Cuando oímos una sonata de Chopin o leemos un poema de Machado podemos establecer contacto con realidades que nos trascienden, permitiéndonos recrear en nosotros mismos un arte que vio la luz en otro tiempo. «Para encontrarnos debemos poner en juego todas las actitudes espirituales que hacen posible la fundación de un modo elevado de unidad» (25). El encuentro hace que la persona se sienta inmersa en un campo propicio para su desarrollo personal, le hace sentir «alegría, entusiasmo, felicidad, libertad interior, amparo, júbilo festivo» (26). El Ocio vivido como experiencia de encuentro es, ante todo, un Ocio humanista, propio y específico de la persona humana, que tiene su máxima expresión en la fiesta. Vista en todo su alcance, la persona «es un ser 'ambiental', destinado a desarrollarse mediante la fundación constante de realidades de encuentro» (27). Las realidades que no son meros objetos, como se decía antes con la sonata o el poema, nos ofrecen posibilidades de actuar de manera creativa. Pero la creatividad es siempre dual, «supone un sujeto dotado de *potencias* y un entorno capaz de otorgarle diversas *posibilidades*» (28).

La vivencia del Ocio crea ámbitos de relación que pueden ser «re-creativos» o no, pueden ser ámbitos de encuentro o desencuentro. El Ocio humanista se diferencia de otras vivencias por su capacidad de sentido y su potencialidad de crear encuentros creativos que originan desarrollo personal. El Ocio vivido como encuentro nos entrelaza siempre con la vida de los otros,

(24) A. López Quintás, *La cultura y el sentido de la vida*, PPC, Madrid, 1993, p. 16.

(25) *Ibidem*.

(26) *Ibidem*, p. 16 y 17.

(27) A. López Quintás, *La formación por el arte y la literatura*, Rialp, Madrid, 1993, p. 24.

(28) *Ib.*, p. 22.

es por tanto una experiencia trascendente que nos abre horizontes de comprensión y conocimiento. El conocimiento no es algo ajeno a la vivencia de Ocio, al contrario, a mayor conocimiento más capacidad de comprensión y satisfacción.

La propuesta de «re-creación» de Kriekemans es, ante todo, una experiencia profunda y de reconocimiento de nosotros mismos gracias al encuentro con los otros. Es, al mismo tiempo, una propuesta actual y amplia, en el sentido de que el «restablecimiento de las ganas de vivir» se puede llevar a efecto gracias a cualquiera de los modos de encuentro en los que se realiza hoy la vivencia de Ocio: juego, deportes, cultura, turismo, naturaleza, fiesta o acción solidaria. La única condición de uso, ir más allá del consumo. Es una condición sencilla, pero necesita de un supuesto necesario que es la formación.

En los últimos veinte años el desarrollo de la bibliografía sobre la educación del Ocio ha conseguido una evolución impensable. J. Dattilo y W. D. Murphy han recogido las principales investigaciones y estudios realizados en Estados Unidos en la década de los ochenta (29). Se puede decir que hay un denominador común en los autores actuales, el reconocimiento de la necesidad de una educación del y para el Ocio en nuestra sociedad; considerando que esta formación ayuda a los ciudadanos a mejorar su calidad de vida y llevar a cabo su autorrealización. Mi propuesta es, como decía al comienzo de este artículo, que al ir avanzando en conocimientos y experiencias no nos olvidemos de los autores que han reflexionado en el fondo de las prácticas de Ocio. Kriekemans o Dimock son un ejemplo de otros muchos autores, más o menos recientes, que han reivindicado la dimensión humanista de los nuevos estilos de vida: Dumazedier, Laín Entralgo, Maritain, López de Aranguren, J. Leif, Pieper y otros muchos. Ellos han hablado sobre el tema antes que nosotros y, si los ignoramos, estamos dejando atrás parte de un mensaje que sigue teniendo actualidad, que podía seguir aportando luz a las preguntas de nuestros días. Personalmente me han ayudado a trascender la experiencia de las colas interminables que esperan entrar en los museos. Todos ellos han hablado de la trascendencia de la nueva cultura de Ocio y de su necesaria humanización. Todos han defendido la libertad, el autotelismo y el fundamento formativo en el que se sustente una vivencia profunda y humana del Ocio. Cualquiera de ellos afirmarí, como Kriekemans, que la experiencia de Ocio es un ámbito en el que es posible recrear un mundo mejor.

(29) J. Dattilo y W. D. Murphy, *Leisure Education Program Planning. A Systematic Approach*, Venture Publishing, State College, P.A., 1991, pp. 11-19.